

Discurso

como presidente de la
acción católica de
hombres

Todos sabemos que desde la iniciación del Pontificado de Su Santidad Pío XI la Iglesia ha llamado a los fieles con una energía, una insistencia y una elocuencia admirables a formar en las filas de la Acción Católica, organización que comprende a los seculares todos, hombres, mujeres, jóvenes y niños, sin discriminación alguna, cualesquiera que sea la clase social en que se muevan, el trabajo que realicen, el partido a que pertenezcan, para actuar, en íntima unión con la Sagrada Jerarquía del Papa, los Obispos y los Párrocos y a ella subordinada, en la divina misión apostólica, o sea, en la conquista de todas las almas para Cristo, encargo que recibió de El mismo, para ser cumplido con Su Gracia hasta la consumación de los siglos.

El solemne llamado pontificio dura ya un cuarto de siglo y, oído en todos los rincones de la tierra, y llegó hasta nosotros por medio de la voz del Episcopado Nacional.

Hace, en efecto, mas de quince años, que la Jerarquía Católica de Chile, después de detenida meditación, largamente madurada, quiso realizar el poderoso y solemne deseo del Papa y todo fué previsto, con hábil y diligente solicitud, para que la nueva organización se extendiera en todas sus ramas a lo largo del territorio.

Sin embargo, debemos confesarlo, no obstante el positivo mérito de la obra realizada, ella no ha adquirido hasta aquí el vigor, la profundidad, la macicez que armonicen con la gravedad y trascendencia de la tarea que la Acción Católica está en la necesidad de ejecutar en Chile.

Es útil, por lo tanto, considerar las razones que producen este doloroso fenómeno que experimentamos.

Desde luego, nos parece que no pueda atribuirse a simple desconocimiento o incomprensión por nuestro ambiente religioso del significado, de los fines, de la forma de organización y de los medios de ejecución de la Acción Católica.

En efecto, las notas esenciales de este movimiento han sido explicadas en numerosísimas oportunidades con tenaz insistencia, con meridiana claridad, con rara uniformidad, con solidez lógica y en ocasiones con brillante y emotiva palabra.

A pesar de todo, la masa de los católicos no parece penetrada de la obligación que cada uno de ellos, cualesquiera que sean sus posibilidades de influencia, de tiempo y de medios espirituales o económicos, tiene, con carácter grave y urgente, de consagrarse, en la medida en que Dios y su **Iglesia**, se lo piden, a la forma de apostolado que la autoridad de su Vicario ha considerado propia de estos tiempos.

Buscando las causas de este resultado, tenemos que llegar a la conclusión de que la culpa es exclusivamente nuestra, de los católicos mismos.

Ha tenido mucha aceptación y, por desgracia, en ciertos períodos y ambientes, ha prevalecido entre nosotros un concepto del catolicismo, que no es el de Cristo, que reduce la práctica religiosa a una simple tarea de superación individual, a un esfuerzo metódico de auto-control y de práctica rigurosa de todas aquellas condiciones que presentan al individuo correcto, observante de sus compromisos, escrupulosamente preocupado de cumplir la letra de la ley, y que se sirve de gracia que los sacramentos le proporcionan nada mas que como medio para construir ese amable edificio interior, cuya belleza es el primero en admirar.

Este piadoso narcisismo espiritual está a inmensa, a sustancial distancia, del ideal que Nuestro Señor nos señalara.

Jesús nos dijo que fuéramos perfectos, como lo es su Padre Celestial, y de esta sola enseñanza brota íntegra y suficiente condenación de ese concepto equivocado del cristianismo.

Dios Padre no se quedó inactivo, no obstante la infinidad de su perfección, gozando perpetuamente en la diversidad y hermosura de sus soberanos atributos, contemplándose a sí mismo en deliciosa y eterna delectación.

Al contrario, desde el principio, quiso Dios prolongar la excel^situd de sus cualidades, al engendrar al Hijo, y nació el Espíritu Santo del amoroso intercambio entre el Padre y el Hijo. Creó Dios al hombre a imagen y semejanza suya y, para redimir la caída de nuestros primeros padres en el pecado, no trepidó su amor a los hombres en entregar a su propio Hijo encarnado a afrentosa muerte de Cruz.

Quiso ser Jesús el amable modelo de nuestras almas, el ejemplo vivo de la perfección que El nos pidió conseguir, el Camino, la Verdad y la Vida.

Pués bien, no podemos encontrar en Jesucristo esa actitud espiritual de goce inactivo del esplendor de su propia santidad.

Toda la inmensa tarea que Jesús vino a efectuar a este mundo no habría tenido existencia, si se ciñe a la contemplación exclusiva y a la admiración de sus virtudes íntimas. Ello hubiera sido condenarse a la infecundidad espiritual e imposibilitarse su misión apostólica.

Después de un período de vida oculta en la práctica callada de sus deberes personales y familiares, lo vemos lanzarse por los campos y ciudades, en plena consagración de todas sus facultades y energías, a la conquista de las almas por la fuerza de su ejemplo, por el valor de sus divinas enseñanzas, por la práctica de las obras buenas, por el testimonio de sus milagros y, sobre todo, por la profundidad y delicadeza de su amor a los hombres.

Fué el amor precisamente el nuevo mandato que dijo traer a la tierra, en cuyo fuego quiere verla inflamada, y estableció que la nota distintiva de sus discípulos no fuera otra que el afecto que se profesaran, amor que es la sustancia de toda su doctrina, que es el secreto de sus éxitos, que es la esencia de Su Gracia, que El practicó en grado infinito cuando, siendo Santo y Todopoderoso, nació y vivió humilde y murió en forma abyecta como un facineroso.

Ese amor a nuestros semejantes de que Jesús fué intérprete excelso - donación total de nuestro ser por el bien del Amado - tiene que ser una fuerza expansiva que desborda nuestro yo interior y se manifiesta y exterioriza en los hechos, en las obras, en la práctica demostración por actos tangibles de nuestro interés por quién se ama.

No podemos convencer a los demás de la verdad que creemos, ni comunicar a los demás el bien que poseemos, si ellos no ven la inclinación de nuestro afecto que se adelanta solícito a satisfacer sus deseos, a auxiliar sus necesidades, a gozar sus alegrías, a compartir sus dolores, a resolver sus dificultades, a enjugar sus lágrimas.

Esta dación sin reservas a la búsqueda del provecho de nuestros semejantes no se hace sin sacrificio, sin violencia de nuestras propias inclinaciones

egoistas, sin holocausto de nuestra misma voluntad y conveniencias. El sacrificio **la esencia del apostolado, y por eso cuando Jesús se aprontaba para** de nuestro ser, libremente aceptado y abrazado, es/realizar la mas grande obra de apostolado que han conocido los siglos, la redención de la humanidad, al medir la intensidad de su abnegación, pidió al Eterno Padre que si era posible le apartara el caliz del sacrificio, pero que, no obstante, no se hiciera su propia Voluntad sino que la de Dios.

Lo dicho muestra, pués, que no se puede ser buen cristiano sin ser apóstol. Cada uno de nosotros debe ser otro Cristo, y, en consecuencia, colaborador y prolongador de su misión apostólica, miembro de su Iglesia a la cual confió el depósito de su Verdad, la llave de sus Gracias y el encargo de ~~mantener/firme~~ las redes del divino pescador de las almas a lo largo de los siglos. Somos todos miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo en íntima comunicación de favores y de esfuerzos, viviendo del común tesoro y en la obligación de contribuir a su enriquecimiento.

La **necesidad** del apostolado ha sido enseñada siempre por la Iglesia y la historia demuestra que los fieles la han comprendido con exactitud a través de los tiempos.

La novedad de esta obligación en la Acción Católica es la forma que la Iglesia le ha dado en los días que corren, al urgir con imperiosa y elocuente voz a realizarla de manera disciplinada y organizada en torno a la Jerarquía, considerando tanto la escasez del orden sacerdotal, tremendamente insuficiente para la magnitud de su tarea, como la misma paganización del ambiente que hace imposible la presencia del sacerdote e indispensable la colaboración del seglar para completar y secundar la acción de los sagrados pastores.

Si la Iglesia nos ha fijado la forma en que tenemos que realizar nuestras necesarias tareas de apostolado, no hay otro camino de ser fiel discípulo de Cristo que ingresando y actuando ~~dentro~~ de la Acción Católica en el grado y lugar que nos corresponda, según los deseos de Cristo, manifestado por su Vicario, por los Obispos, por los párrocos y demás autoridades competentes.

Es el Papa quien llama a la Acción Católica apostolado, "noble y necesario y a la vez urgentísimo", que "obliga tanto a los sacerdotes como a los seglares", de manera que "cuanto se ha hecho o dejado de hacer en favor de ella, ha sido en favor o en contra de los inviolables derechos de la conciencia y de la Iglesia". "El apostolado no es sino el ejercicio de la caridad cristiana que obliga a todos los hombres" y "todos están obligados a cooperar el Reinado de Jesucristo, porque todos son felicísimos súbditos de este dulce reino y como los miembros de una misma familia deben hacer algo por ésta. No hacer nada es un pecado de omisión y podría ser gravísimo. Todos deben obrar y para todos hay lugar y medios". "El apostolado cristiano no sólo es obligatorio por motivo de caridad, sino también como acción de gracias tributadas a Jesucristo".

No necesitamos recordar infinidad de textos de Pío XI y de Pío XII, gloriosamente reinante, que precisan en términos categóricos la obligatoriedad de la Acción Católica y la fundamentan en numerosos y convincentes motivos, para insistir en el carácter grave y apremiante que ella reviste.

Es, pues, a ésta y no a otra forma de apostolado a la que debemos dar nuestras preferencias y consagrar lo mejor de nuestras energías, sabiendo graduar y reconocer el carácter secundario y subordinado que revisten los demás métodos de apostolado que nos presenten y soliciten.

Necesitamos romper el estrecho círculo en que acostumbramos movernos, prefiriendo cada cual, según sus inclinaciones y gustos, su pequeña labor, que queremos hacer brillar e imponer a los otros, conduciendo las actitudes de acuerdo con nuestro exclusivo criterio, empapados del egoísmo individualista, disolvente de toda gran tarea, que requiere, a la inversa, la subordinación generosa de las actitudes de muchos efectuada, no a gusto de cada cual, sino ajustándose a los planes y programas trazados por la autoridad, que debemos respetar y obedecer principalmente por la íntima adhesión y cumplimiento de las instrucciones impartidas.

En la férrea unión organizada estriba el éxito de toda labor humana y si no queremos que los amigos del Mal prevalezcan sobre los fieles al Divino Corazón, debemos abandonar para siempre ese infecundo personalismo que mata toda

acción provechosa y darnos amplia y lealmente al íntegro cumplimiento de los deseos del Papa, de nuestros Obispos y Pastores, que constituyen la misma voluntad de Jesucristo.

Es evidente que nuestras labores apostólicas se convertirán en vano e infecundo movimiento externo, si no comenzamos por reformar nuestra vida interior, conquistando, conservando y aumentando en nosotros mismos primero la doctrina que queremos enseñar y la cantidad que deseamos comunicar a los otros. Y para esto el verdadero apóstol de Cristo empezará por tener limpia su propia casa, tranquila su conciencia y aumentadas en grado infinito sus pobres fuerzas humanas con la participación de la gracia divina que recibe por los sacramentos de la Iglesia.

Entonces brotará natural y copioso de lo íntimo de los corazones el raudal de la cristiana caridad que desbordará las tendencias egoistas del yo interior y se derramará amplio y generoso en ímpetus de celo, en fervientes entusiasmos de apostolado, en violenta e irresistible consagración al bien de los demás.

Comprenderemos entonces y sentiremos cabalmente todo el sentido de nuestra incorporación por el bautismo al Místico Cuerpo de nuestro Redentor Divino, toda la realidad de nuestra incorporación por la confirmación al Ejército de Cristo, y toda la fuerza de nuestra unión con el Divino Maestro en la Sagrada Eucaristía.

¡Oh, si viviéramos estos conceptos qué distinta sería nuestra Acción Católica, que la vemos reducirse muchas veces a la mera asistencia a las reuniones, que nos permite estar una hora en la vecindad material de algunos hermanos nuestros, pero sin que nazca ningún otro vínculo de caridad, ya que terminada la sesión cada uno se retira sin más que el recuerdo de lo que oyó y la débil resolución de volver a la semana o mes siguiente; Cuántas veces vemos que al encontrarse en el período que va de una a otra sesión los socios - o las socias - no se prestan servicio alguno y en ocasiones ni se dirigen un saludo.

Esa no es Acción Católica.

Acción Católica es inquietud incesante de apostolado, permanente estudio de la verdad religiosa que se quiere enseñar a los demás, constante preocupación por el propio ejemplo, espíritu de fé en la fecundidad de los medios sobrenaturales, visión en la Iglesia del mismo Cristo vivo, místicamente prologado, y, en consecuencia, entrega sin condiciones a su autoridad, obediencia absoluta a sus instrucciones, fiel y plena consagración a su servicio, vibración espontánea con su anhelante deseo de salvar las almas, íntima comprensión del angustioso palpitar de su corazón, que es el mismo corazón de Cristo, que sufre consumido en amor por todos los hombres y en especial, por aquellos agobiados con el peso del trabajo, de la miseria, de la enfermedad y del dolor.

*Discurso pronunciado en Teatro Pablo de Talca
el 14/7/46 en el Día del Hombre Católico
Fijate Lito*

PATRIMONIO UC